CONFERENCIA
inaugural dada en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el día 5 de marzo de 1927

Señores catedráticos, señores:

Inaugúranse hoy las conferencias que dictarán el primer sabado de cada mes los catedráticos del Colegio. Han querido ellos que el Rector, en atención al puesto que ocupa, dé principio a la serie. Tan galante invitación era una orden para mí, y las órdenes no se discuten sino se cumplen. Sabéis que los árboles añosos no rinden sino frutos raquíticos y desabridos. Con ellos tendréis que contentaros esta noche. En cambio, los gustaréis maduros y sabrosos de aquí en adelante. Podéis decir al Claustro del Colegio lo que los invitados a las bodas de Caná dijeron al director del banquete: «Nos diste primero el vino flojo, y después el de superior calidad».

La conferencia es un género literario relativamente nuevo. Difiere del discurso, inmortalizado por los grandes oradores, desde Demóstenes hasta O'Connell y cuyas normas han sido promulgadas por los preceptistas, de Aristóteles a Quintiliano, de Boileau a Hermosilla; y difiere también de la lección que dicta el profesor en la cátedra.

El discurso se pronuncia en ocasiones señaladas, sobre asunto que, dadas las circunstancias de tiempos y lugares, interese y apasione los oyentes, en recintos amplísimos, cuando no al aire libre, delante de inmenso auditorio, en estilo y lenguaje solemnes, y se adorna con las galas de aquel dón supremo concedido por Dios al hombre en el orden intelectual y que se llama la elocuencia.

La lección escolar versa sobre un solo punto cuya importancia no aparecerá sino más tarde; en ella se prohiben las divagaciones, que distraen la atención del alumno y le embrollan la memoria; y deben sacrificarse la elegancia del lenguaje y aun la corrección misma, a la condición primordial de la claridad.

En la conferencia cabe todo: la exposición de las doctrinas más abstractas y profundas, el rasgo histórico, la anécdota interesante y las festivas vayas. Es lo que los franceses llaman *une causerie*, los castellanos un palique, los andaluces y los colombianos una charla. Allí puede entrar también la elocuencia, siempre que el conferencista no se lo proponga.

Ha ido invadiendo la conferencia parte de los dominios que antes pertenecían al discurso. En el Parlamento inglés, modelo de todos los de su género, no se perora sino se conversa; y conversación fue el discurso de Gladstone sobre el *Home-rule* que conmovió al mundo y preparó de cerca la autonomía de Irlanda.

En la Academia francesa, el instituto más ilustre del mundo, los discursos de recepción, llenos de la crítica más sabia y delicada y verdaderas joyas literarias por la perfección del lenguaje, no son sino parlas entre amigos.

Voy a hablaros esta noche sobre el estudio de la Religión.

Desde que aprendísteis el catecismo, supísteis que este estudio comprende los dogmas en que debemos creer, los deberes que tenemos que cumplir y los medios de comunicación entre Dios y el hombre, que son la oración, la gracia y los sacramentos. Ciencia nobilísima entre todas, puesto que trata de Dios que es infinito; ciencia exactísima, puesto que se funda en la autoridad divina. Es la Religión el estudio de Dios enseñado por Dios mismo, y la vida del hombre, por larga que se le suponga, no alcanza a recorrer aquel campo de una anchura infinita.

La Religión es verdadera ciencia, porque se funda en aquellas verdades accesibles al humano entendimiento

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

que el insigne dominico español Melchor Cano, apellidó lugares teológicos, y que un célebre escritor inglés llama fundamentos de la creencia: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma humana, el origen divino de la Iglesia, la necesidad de una revelación, la ley natural, la veracidad de la Escritura y de la Tradición. Y sobre esas bases edifica, con ayuda de la autoridad, la creencia en las demás verdades reveladas.

Cuando se penetra en lo más hondo de la ciencia de la Religión se llega a los umbrales de la teología sagrada, ciencia de las ciencias, como la apellida Santo Tomás; dominio de los grandes doctores. Felizmente los simples fieles no tienen obligación de ingresar a aquel *sancta sanctorum*, y muchas veces les sería inútil y aun perjudicial. Porque la teología se estudia tanto con el entendimiento como con el corazón y requiere el desapego de los bienes terrenos, la castidad perfecta, la celebración de la misa, el rezo del oficio divino.

Jamás faltaron en la Iglesia escritores laicos (1) que expusieran las verdades católicas y las defendieran con talento. Los primeros Padres se limitaron a consignar la doctrina conforme a la Escritura y a la Tradición; pero cuando se desataron las persecusiones hubo necesidad de alegar ante los poderes civiles la inocencia y los derechos de los cristianos. De aquí las célebres apologías de los primeros siglos. Y varias de ellas tuvieron por autores a simples fieles, ajenos a la jerarquía eclesiástica. Os citaré al filósofo griego Aristides, quien pronunció su defensa en presencia del Emperador Adriano, dejando asombrados a todos los concurrentes por lo sólido de su doctrina y la elocuencia de su lenguaje. En el siglo II aparece la gran figura de Minucio Félix, jurisconsulto eminente,

(1) Empleo la palabra laico como la usa el Derecho canónico, para indicar al cristiano que no forma parte de la jerarquía clerical; no para significar lo que es ajeno a la Religión, como una escuela laica.

quien después de haber condenado a muerte, en su calidad de juez, a muchos cristianos, se convirtió a la verdadera fe y empleó el resto de su vida en defenderla.

San Justino, mártir, cansado de buscar la verdad en los sistemas de los filósofos griegos, la encontró por fin en las páginas de las santas Escrituras, y se dio a escribir obras inmortales en favor del cristianismo que le dan lugar eminente entre los sautos Padres de la Iglesia.

Sigue Arnobio, autor de siete libros contra los idólatras, y cuya gloria mayor es haber sido maestro de Lactancio, apellidado por San Jerónimo el *Cicerón cristiano*.

Durante la Edad Media no aparecen escritores eclesiásticos entre los simples fieles; no por que les estuviera prohibido el estudio y defensa de la Religión, sino porque la ciencia se había refugiado en las iglesias y en los monasterios. Mas al llegar la época del Renacimiento la ilustración se extendió a todas las clases sociales, y no hubo quizá humanista alguno que no tratase asuntos religiosos, ora para combatir, ora para propugnar la verdadera fe. Por que hay que recordar que hubo dos renacimientos: el cristiano cuyo primer representante fue el Petrarca; el pagano que principia con los obscenos escritos de Bocaccio.

Después de la Revolución francesa tocó iniciar la resurrección del catolicismo en Francia y en las demás naciones que habían sufrido su influencia, a dos grandes escritores laicos, muy desemejantes entre sí: Chateaubriand y José de Maistre. El primero se dio a demostrar la verdad del cristianismo por la belleza de sus instituciones y de su culto. El segundo, libre de todo humano respeto, con un valor moral que asombra, expuso y demostró a lo más hondo, los dogmas y los preceptos revelados, con elocuencia soberana y con un interés que no permite al lector soltar el libro de las manos. Tuvo previsiones que a la letra se han cumplido. En ocasiones, extrema la doc-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

trina; pero este es un lunar que no alcanza a disminuír el mérito y la belleza de sus obras. Más tarde el vizconde de Bonald continuó la tarea, aunque cayó, de buena fe y por exceso de celo, en los errores del tradicionalismo. Montalambert, en estilo inimitable, fue el historiador de los monjes de occidente y el biógrafo de Santa Isabel de Hungría. Augusto Nicolás fue apologista de primera talla; y Luis Veuillot el príncipe de los periodistas.

Los autores citados escribieron todos en lengua francesa, aunque el conde de Maistre era súbdito y fue embajador de los duques de Saboya. Convenía, para justificar una frase de la Iglesia, que resucitara la vida de donde había salido la muerte. Agregaré el nombre de Donoso Cortés, orador grandílocuo aun en sus libros didácticos, aun en sus cartas familiares; y al portentoso Menéndez y Pelayo, autor de la historia de los heterodoxos españoles. Más reciente aún es Luis Pastor, el erudito historiador de los papas del Renacimiento.

Entre nosotros, tocó a los católicos laicos, en el siglo pasado, parte principal en la defensa de la Iglesia. El egregio Arzobispo Manuel José Mosquera fundó el periódico titulado *El Catolicismo* y llamó para que colaboraran en él a un grupo de varones tan señalados por su posición social como por su talento, ilustración y virtudes: don Ignacio Gutiérrez Vergara, don Juan Antonio Marroquín, don Venancio Restrepo, don José Manuel Groot y don José Joaquín Ortiz, para no citarlos a todos. Los dos ultimos mencionados, además de sus labores periodísticas, escribieron libros merecedores del aplauso del Sumo Pontífice Pío IX.

Dejadme que mencione también a don Ricardo Carrasquilla, quien, además de haber formado en su colegio tres generaciones de hombres buenos, por métodos que hoy se preconizan como la última palabra del arte pedagógico; además de haber convertido con sus elocuentes

conferencias religiosas a varios incrédulos y pecadores, descubrió con genial intuición un nuevo método para refutar los errores antirreligiosos y lo puso en práctica en el áureo librito *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*.

En orden a la fe cristiana no hay sino tres clases de hombres: los que creen, los que dudan, los que niegan.

Parece superfluo demostrar la necesidad de la instrucción religiosa para los creyentes ¿Cómo dar asentimiento a verdades desconocidas; amar y servir a un Dios ignoto; cumplir preceptos de que no se tiene noticia; recibir sacramentos. ignorando su naturaleza y eficacia; asistir a las ceremonias religiosas, cuando es libro cerrado el sublime simbolismo de la liturgia católica? El cristiano que no sabe religión se asemeja al abogado que no ha abierto nunca el código civil, al médieo que no conoce la anatomía del cuerpo humano, al ingeniero que no acierta a sumar dos cantidades. En estos casos se trata de la honra y felicidad terrestres; en el otro, de la gloria y bienaventuranza eternas. La ignorancia religiosa es grave culpa en lo presencia divina, más grave en el que ha profundizado las ciencias humanas. «¿Qué le aprovecha al hombre, dice el Evangelio, ganar el mundo entero si padece detrimento en su alma»?

Y sin embargo la ignorancia de la religión entre muchos católicos es uno de los males más graves de la época presente. En vida de la generación anterior a la mía, no se dictaba clase de religión en ninguna escuela ni colegio: todo se limitaba a aprender de memoria el catecismo del Padre Astete y—cosa admirable—los católicos, sin distinción de sexos ni edades, estaban profundamente instruídos en los dogmas y preceptos de la fe. En todas las casas cristianas, después del rezo del rosario, se leía en alta voz una vida del Año Cristiano, o un capítulo de Granada, u otro del Padre Alonso Rodríguez; se comentaba el sermón que todos habían oído, no para juzgarlo

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

literariamente sino para tratar de entenderlo mejor. Hoy se dictan año tras de año cursos de religión en escuelas y colegios, pero ellos no suplen la acción irresistible del hogar.

La duda es el estado del ánimo más amargo y atormentador para el hombre, aunque verse sobre asuntos baladíes y de poco momento. Se han visto reos sumidos en la desesperación por no saber la sentencia del juez, recobrar la serenidad y la calma cuando se les ha notificado la pena de prisión perpetua o la de muerte. ¿Qué será la duda cuando se refiere a la suerte eterna del hombre después de esta vida? Por eso los poetas dominados por la incredulidad o por la duda, no escriben odas sino elegías, no cantan, sino sollozan. Tal es la impresión que causan las poesías de Carducci; algunas de las de nuestro Núñez de Arce:

«Cuántas noches de horror, conmigo, a solas
ha sacudido con su soplo ardiente
los tristes pensamientos de mi mente,
como sacude el huracán las olas.
¡Cuántas ay, revolcándome en el lecho,
he golpeado con furor mi frente,
he desgarrado sin piedad mi pecho,
y entre visiones lúgubres y extrañas
su diente de reptil, áspero y frío,
he sentido clavarse en mis entrañas!
¡Noches de soledad, noches de hastío,
en qué, lleno de angustia y sobresalto,
se agitaba mi sér en el vacío
de fe, de luz y de esperanza falto!

Los que no creen necesitan igualmente de instrucción religiosa, para combatir la fe, sin exponerse a ridículos errores que les quitaría todo crédito ante las personas sensatas. Por eso los grandes heresiarcas han sido obispos, monjes y sacerdotes extraviados por el orgullo, por la

sensualidad o por entrambos vicios. No se diga que el incrédulo no ha menester combatir a la Iglesia en sus conversaciones y escritos. La neutralidad o la indiferencia son posibles en otros campos; pero quien no está con Cristo, está contra él. Y esta es una prueba, dicho sea de paso, de la divinidad del Salvador. A los muertos no se les hace guerra; si a Nuestro Señor se le combate, es porque está vivo; y un hombre que vive dos mil años después de muerto, es verdaderamente Dios.

Es utilísimo y en ocasiones indispensable el conocimiento profundo del cristianismo para el estudio de las ciencias humanas y de las artes. Y empecemos por la historia.

Para que ella tenga carácter de ciencia, no ha de ser una mera narración de hechos pasados, atiborrada de nombres y de fechas. Sólo cuando explica las causas de los acontecimientos y los liga con los precedentes y los que de ellos nacen, merece ser llamada, no sólo testigo de lo pasado sino advertencia de lo porvenir.

Se divide la historia naturalmente en dos épocas totalmente diversas, separadas por la predicación del Evangelio. En el reinado de Tiberio César, un joven judío predicó durante tres años una nueva doctrina religiosa y murió en el patíbulo destinado por las leyes romanas a los esclavos criminales. Cien años después ya Tertuliano pudo escribir estas palabras: «Somos de ayer y todo lo llenamos: las habitaciones, las calles, las plazas, el senado y el foro y hasta el palacio mismo de los Césares, y no os hemos dejado para vuestro uso exclusivo sino los lugares de prostitución y los templos de los ídolos». El imperio declaró la guerra a la nueva religión y en diez persecusiones que duraron trescientos años fueron bárbaramente sacrificados quince millones de mártires. Roma fue la nación colonizadora de los tiempos antiguos, como España en la época moderna; porque su expansión no

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

consistía en destruír las razas sojuzgadas sino en asimilárselas. Con tal fin los amos del mundo dejaban a sus colonias el idioma, las costumbres, muchas de sus leyes y el culto de sus dioses. No solamente no proscribían las divinidades vencidas, sino que levantaban templos en Roma a Osiris y a Serapis, a Mitra y a Baal, y todos ellos demás tenían su lugar en el Panteón.

Procedían así lógicamente. El paganismo en el fondo era panteísta y los dioses otras tantas manifestaciones de las fuerzas y potencias naturales. No había inconveniente en dejar que se multiplicasen los símbolos. Pero Jesucristo no era proclamado como uno de los dioses, si no como un Dios único; los emperadores carecían de todo carácter divino; no se admitía diferencia sustancial entre romanos y bárbaros, amos y esclavos. El triunfo del cristianismo era incompatible con la constitución del imperio.

Un día Constantino, convertido al nuevo culto, dictó el famoso edicto de Milán que otorgaba completa libertad religiosa a los cristianos. Y todo en el mundo se cambió: leyes, costumbres, relaciones sociales y surgió al lado del Imperio dividido en dos estados una sociedad universal, completa en sí misma y que le arrebató al poder civil el dominio de las conciencias.

Es también indispensable el estudio de la Religión cristiana para la ciencia del derecho. La Iglesia, desde sus principios, adoptó, para muchos de los procederes, la sabia legislación romana; pero, cuando el mundo se hizo cristiano, el Imperio hizo suyas muchas de las leyes eclesiásticas, de lo que nos presta fe la codificación de Justiano. España, consignó sus leyes en las admirables Partidas del Rey Sabio, empapadas en espíritu de fe. Principian ellas por una exposición de la doctrina cristiana que, traducida al castellano moderno, sería un excelente texto de religión. De la conformidad entre las leyes civiles y las eclesiásticas nació, sin necesidad de concordatos, aquella

armonía entre las dos potestades, elocuentemente elogiada por León XIII. Las leyes de partida son, junto con el código napoleónico, la fuente de nuestra legislación civil. El código francés mismo, atendió a las costumbres de la católica nación francesa, y esas costumbres se hallaban vivificadas por el espíritu cristiano.

Sabéis que las bellas artes son ópticas o acústicas: pintura, estatuaria, arquitectura; música y poesía. Y de la éra cristiana hasta nosotros todas ellas han producido sus obras maestras sobre asuntos cristianos y piadosos. Las catedrales y basílicas son lo más grandioso que ha logrado el arte arquitectónico; y ellas son al mismo tiempo el museo donde se guardan las mayores maravillas realizadas por el genio en el lienzo o con el mármol.

No os hablaré de la música, porque no gusto de discurrir sobre lo que ignoro. Pero sí puedo deciros que el canto gregoriano es materia de estudio en todos los conservatorios europeos. No se necesita conocer científicamente el divino arte para extasiarse ante la salmodia y las lamentaciones de Jeremías, y la Pasión del Viernes santo y las aleluyas de la Resurrección. Rossini y Gounaud, con la técnica de la música moderna; Palestona y Perossi, armonizando sobriamente las viejas melodías de la Iglesia, se han inmortalizado. Más, para concebir, ejecutar y gustar aquellas obras, es preciso conocer, siquiera someramente, las Santas Escrituras y los himnos de los místicos compositores de la Edad media.

Lo más elevado de la poesía es, sin duda alguna, el poema épico que puede dividirse en primitivo o literario. El estado de civilización del mundo, a la venida de Cristo, no era propicio a un poema primitivo; pero sí lo fue la época que siguió a las irrupciones de los bárbaros y aparecieron, en Francia, la *Canción de Rolando*; en España, el *Poema del Cid*. Este último, como tuve ocasión de ex-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

plicarlo en algún discurso académico, vive del espíritu católico.

Apartándome del común sentir de los críticos, he llegado a pensar que la *Comedia* del Dante, pudiera acaso considerarse como el poema primitivo de la Europa cristiana. Y es un poema religioso por el asunto y por el desempeño; y no sólo católico sino fundado en la filosofía de Santo Tomás, de tal suerte que el Alighieri se cita en los tratados de historia de la filosofía como uno de los comentadores del Angélico Doctor.

Las dos epopeyas literarias más famosas de la éra cristiana son la *Jerusalén libertada*, de Tasso, y el *Paraíso perdido*, de Milton, el poeta en quien lo sublime es un hábito, el creador literario de la figura de Satanás, el finísimo psicólogo al describir la caída de Adán. La falta de tiempo me impide entrar al campo de la poesía lírica; pero bastará lo dicho para persuadiros de que sin instrucción religiosa cristiana es imposible asimilarse la poesía desde Prudencio hasta Mistral.

Y basta ya. No es justo cansaros por más tiempo. Espero que los hijos del Colegio del Rosario, harán del estudio de la Religión una de sus ocupaciones preferentes; porque aun prescindiendo de las ventajas que nos brinda para la vida presente, el que conoce las verdades católicas y las practica y las defiende, puede morir tranquilo, recordando que Jesucristo confesará delante de su Padre Celestial, a quien lo confesó delante de los hombres.

R. M. CARRASQUILLA

Universidad del Rosario | Archivo Histórico